

IBÍDEM

REVISTA LITERARIA DIGITAL



AGOSTO 2019
MÉXICO

NO. 9



Agosto 2019
Número 9
Instagram: revistaibidem

Índice

Apagón	1
La iridiscencia del agua	2
En el umbral del silencio	5
La muerte por agua	6
Ridículo	7
Soy único	9
Esplendor	10
A galeras	11
Vida mía	14
Alma Indígena	16
El pacto	18
Palabras de un demiurgo enamorado	22
Sobre el Amor	25
El condenado a muerte	27
El fantasma de sombrero blanco	30
El tiempo	33
Astracanada con esvásticas	35
La dimensión de dos ombligos	39
Floritor	42
De quién sabe qué	44

Francisco J. Casado

México

29 años

Apagón

Tan repentino y penumbroso fue el apagón en la festiva noche de aquel océano, que calló a las sirenas y apaciguó la marea de olas como cuerpos empalmados donde a lo lejos se distinguía el vuelo intermitente de una luciérnaga roja. Ligera flama que se paseaba sin descanso hasta que los dedos le atraparon tan elegante como repentinamente conduciendo a la luciérnaga hacia un par de labios, faro de una isla vedada por la oscura marea. Dentro de mí sentí el llamado de acercarme con la convicción del conquistador, pero antes poder rozar sus playas, de golpe volvió la luz. Odiseo había sido descubierto y Penélope... Penélope se había esfumado

Ana S. A.

España

25 años

La iridiscencia del agua

De pronto me vi allí, frente a las finas ondas del agua como quien se encuentra al borde de un abismo. Totalmente petrificada. Incapaz de decidirme. Había quedado presa de una especie de hipnosis, de aquel universo de luz y transparencia, donde yo alcanzaba a ver, por una fracción de segundo, matices y colores escondidos, pequeños tesoros de belleza encriptada. El agua calma y a un tiempo temblorosa; los rayos de sol que se colaban por las ventanas del recinto y que abrían un camino hacia el fondo de teselas azuladas. Su cadencia me sumergía en una vorágine, en una danza de hipnótico resplandor que me llamaba a dar el salto, a fundirme por entero en su materialidad casi incorpórea, casi fantasmática. Pero un miedo me lo impedía. Un terror que acallaba mi cuerpo desde lo más recóndito de mi ser, que me tomaba por los pies y me anclaba a tierra, como alertándome de un peligro casi desconocido para mí. Y así fue como recordé. El verano de hace dieciséis años.

Yo en el borde de la piscina, contemplando el fondo de azulejos marinos, el agua de diminutas ondulaciones, e incapaz de saltar. Decenas de ojos se posaban sobre mi cuerpo trémulo, mi cuerpo en pleno pánico, mientras sus bocas pronunciaban con entusiasmo o desdén mi nombre. Me parecía que la piscina era un mar gélido de una profundidad insólita. No quería aprender a nadar. El solo contacto con el agua clorada me repugnaba, me hacía estremecer con un frío que traspasaba la sensorialidad de la epidermis.

Un terror infantil se había apoderado de mi imaginación, y ese era el de mi cuerpo yacente sobre el fondo de la piscina, como la estatua de una antigua civilización descansando en el océano; mi cuerpo muerto, como hecho de piedra,

mientras que mi alma seguía viva y mis ojos, bien abiertos. Mi cuerpo incapaz de moverse pero no de sentir; y junto a ello la visión de los demás niños flotando en el agua, sus barrigas hinchadas hacia mí, su mirada vacía, despojada de brillo, y una media sonrisa esculpida sobre sus caras de mármol, huecas e inertes.

Aquella terrible imagen había vuelto a mí. Inexplicablemente, yo la había olvidado, no así mi cuerpo, ya adulto, maduro, aún espantado por temores de la infancia. El recuerdo me había traspasado el pecho como un carámbano e impedía moverme. Así que eso era. Aquello era lo que me amedrentaba ahora y entonces, lo que me volvía incapaz de tomar una decisión.

Pero también, ahora, era distinto. Había algo que me retenía allí, en el borde de la piscina. Tal vez la iridiscencia del agua. Un impulso igualmente desconocido me empujaba, me invitaba insistente y dulcemente a saltar. Yo seguía contemplando el fondo de la piscina. Solo había que inclinarse, dejarse caer. Qué fácil era. Despegarme poco a poco de la tierra. Sentir las baldosas del borde frías y húmedas. Acercar el rostro al agua, inhalar su olor a cloro, notar antes de tiempo su tacto gélido, las burbujas que borboteaban sobre la piel descubierta, el ruido sordo de la colisión, la ruptura con lo que era seguro y conocido.

Recordé también cómo, por aquellos años, el monitor se veía obligado a lanzarme a la piscina. Me empujaba en una especie de terapia de choque que yo ahora rememoraba como una experiencia terrible: el momento en que me sumergía en el agua, en el que yo temía no poder flotar; aquellos eternos lapsos de dos segundos en los que abría los ojos y alcanzaba a ver el techo a través de los reflejos temblorosos del agua. Y, por supuesto, aquella terrible visión de la muerte que habitaba en mi cabeza.

El miedo persistía. El miedo me había atrapado por los talones, y por él me había visto empujada. Ahora era también por mí. Era yo quien deseaba saltar. Fui yo quien saltó. Sentí cómo mi cuerpo se curvaba en el encuentro con el agua. El contraste del calor y el frío. Las burbujas rompiendo contra mi piel. Un

inexplicable amargor en la boca y, por un instante, una sensación de asfixia que de nuevo me arrastraba a la superficie. Tomé una gran bocanada de aire. Noté un molesto picor en la garganta, como un nudo. Pero en aquel salto había dejado el temor atrás. Me había enfrentado a la muerte que tanto me horrorizaba. Y me sentí lo suficientemente capaz de hacer unos largos.

Nadé de un lado a otro hasta quedar exhausta y casi sin aire. Había descubierto lo mucho que me fascinaba la acústica del fondo de la piscina. El agua transformaba la luz y el sonido que la atravesaban, los deformaba, quizá; pero en esa deformación quise pensar que se encontraba la voz hueca que habitaba en todos los seres vivos e inertes, la esencia o puede que el alma de las cosas. Me sentía absorta en mi hallazgo, sin reparar en la fatiga que amenazaba ya a mi cuerpo. Pero a un tiempo no podía dejar de nadar. El agua ahora era como un manto de cálida transparencia que me arropaba de los ruidos del exterior.

El agua ya no me resultaba gélida. Se había atemperado; se había amoldado a mi cuerpo. Sentí la necesidad de hundirme. Buceé hasta llegar al fondo de la piscina. Rocé sus teselas azuladas y recordé de nuevo aquel verano de hace dieciséis años. La reconocible sensación de sumergirme en el agua; aquel lapso de tiempo en el que aguantar la respiración era como un auténtico martirio. Sentir que me aislaba de todo cuanto me rodease. El vértigo al dejar de oír los gritos de los niños. El terror del silencio.

Tampoco ahora podía oír. Ni podía alcanzar la superficie. Me había abandonado a la profundidad del agua, a su bella y enigmática iridiscencia. La luz que penetraba como finos rayos de polvo. Yo había abierto los ojos para mirarla. Podía ver todo con claridad. Sentía una calma casi onírica. Casi celestial. El silencio mientras mi cuerpo inmóvil yacía sobre los azulejos del fondo.

Y yo flotando en la piscina. Mi vientre hinchado, mis ojos bien abiertos. Mi boca torcida en una mueca extraña. Un terror del pasado que había vuelto a mí aquella tarde. Y de repente oscuridad.

Lorenzo Shelley

México

24 años

En el umbral del silencio

De Arcadia, exhalación que es paradójica:
esconde la trompeta del final
en los ojos de quien es animal
y ansía beber su droga hipnagógica.

El fin se anuncia con toda su lógica,
mas el mundo que gira bien normal,
en nada modifica su ritual.
¡La existencia en inercia patológica!

La muerte está posada en la ventana
en forma de hermosísimo pinzón
que canta la mentira que es liviana:
“bóveda en brasas, simple sinrazón”.
Augusta condición de especie humana,
negar por miedo, ser propia traición.

La muerte por agua

Tan profunda y alcanzable,
Oscuridad turquesa desplazado el aire.
Ante sombras cristalinas el desespero se eclipsa.
Las oigo, manos agotadas arañando las aguas
Al compás flemático del pánico.

Maculado firmamento de bellezas
Que no pueden ser vistas,
Sólo sentidas en vías de ida;
Cuando ya no estas
Y no puedes escoger
Que decir ni callar.

El fluir me levita y rodeando
Mis impulsos enclenques
Despide la prosa de mis huesos,
Me vuelve objeto:
Noúmeno acuoso de ébano verdoso,
Un espectro desorbitado.
Flotante mendigo de barcos huérfanos
Arrastrado por pétalos negros,
Hacia un allá sin mares ni océanos.

Oswaldo Castro

Perú

63 años

Ridículo

Falta poco para llegar a mi nuevo hogar, el sitio donde viviré los próximos veinte años por haber asesinado a un policía y una anciana. El trayecto que falta me permite recordar en orden cronológico, de atrás hacia adelante, los hechos.

Me veo escuchando la sentencia y el rostro agradecido de la viuda me recuerda el forcejeo para quitarle el arma a su marido. El sonido del disparo fatídico que lo mató retumba en mi memoria. Antes de ingresar al tribunal, la escalera eléctrica del centro comercial, a la que llegué perseguido por un vigilante y tres vendedores, me conduce directo hasta el agente policial. A medio camino de ese ascenso trágico una anciana se cruzó en mis planes de escape y la empujé hacia un costado, sin imaginar que resbalaría y estrellaría la cabeza contra los escalones metálicos. Me asusto nuevamente al ver el cuerpo de la anciana en un charco de sangre. Suspiro y pienso en mi mala suerte. Había ingresado a la enorme tienda huyendo de una docena de perseguidores que querían atraparme para hacer justicia por sus propias manos. Ellos, simplemente, se dejaron llevar por la histeria colectiva causada por el viejo que se sentó a mi lado en la banca del parque. Como todos los días yo disfrutaba la mañana en mi lugar favorito cuando el desconocido tomó asiento a mi lado. Lo había ignorado y de repente me pidió opinión sobre las últimas decisiones presidenciales. Para salir del encuentro le contesté una perogrullada y el infeliz se rió diciéndome que lo manifestado era ridículo. Lo miré encolerizado y le exigí disculpas. El sujeto siguió calificando mi punto de vista como ridículo. Lo increpé en voz alta. Los curiosos se arremolinaron y tomaron partida por el anciano que me había insultado. Vi que la situación se desbocaba y opté por retirarme. El individuo que encabezó la persecución pidió apoyo para darme la tanda que me enseñaría a

respetar las canas de las personas mayores. Salí corriendo, ignorando de qué me acusaban, y terminé cometiendo dos asesinatos.

En el proceso penal seguido aprendí que ridículo no era el insulto que yo pensé, sino mi opinión política que dio risa en aquella ocasión.

Manasés Mina

Venezuela

22 años

Soy único

La destrucción, tan despiadada y elocuente es inminente:

Un gran arco condenador se alza ante millones y millones de almas.

Una pareja caminaba entre sus parajes y jardines-. No quiero irme... -decía con sollozos-. Amo este planeta... amo esta gente... te amo a ti.

Un resplandor se vio e incontables voces fueron desfiguradas.

Una roca con cientos de daños se aísla del resto de los escombros.

-No me importa cómo se haga, siempre hay esperanza, siempre habrá vida y libertad.

Nuevos mundos nacerán o yacen allí, esperándome, haciéndome de guía como poderosos gigantes, gigantes que no le temen a la oscuridad eterna.

-Y que compartirán su resplandor una vez más.

-Como las cenizas que abundaban en mi planeta, volveré a levantarme, surgiré, hermoso y glorioso. Ya no hay duda de eso.

Porque ahora me he convertido en el único.

Daniel González F.

México

32 años

Esplendor

Él ha permanecido sentado en la cama por un par de horas mirando el halo que aparece entre las persianas, como si estuviese hipnotizado. Percibe una señal que le dicta la instrucción de no quedarse ahí; desde su infancia fulguraba el encanto y la melancolía por observarlo.

Sin detenerse más, se levanta de su lugar para dirigirse a la puerta principal; una vez frente a ella, la abre para salir a palparlo. Jocundo por estar sintiéndolo, su presencia se desvanece lentamente hasta sólo ver el rutilo que lo cobija completamente.

Daniel Canals F.

España

46 años

A galeras

De repente, suena un pedo espantoso que no deja lugar a dudas de la eterna dieta a base de legumbres: judías para ser exactos. El rancho es siempre el mismo. Un cucharón por la mañana y otro a media tarde, en unas escudillas que nunca se lavan. El agua es “escanciada” con un cazo, de una destartalada y antigua barrica de pólvora. Suele proceder de la lluvia y tiene un extraño sabor metálico. A veces se ahoga alguna vieja rata en ella. La pestilencia ni siquiera nos molesta y, por la acidez que flota en el ambiente, sé distinguir hasta el origen del propietario de los gases; está un par de bancadas más allá. Hay un olor peor: el de la axila de mi sempiterno compañero. A ese sí que cuesta adaptarse. La marejada, en la que nos vemos envueltos, tampoco perdona; es frecuente vomitar por cualquier motivo, aunque los remos permanezcan estáticos.

En combate, dormimos encadenados a los bancos con una larga cadena que atraviesa una argolla anclada en la pared. Allí da la vuelta y sigue atando al resto de compañeros hasta el otro extremo. De un lado de la bancada a la otra. Debe medir unos cientos de metros la jodida. En caso de que seamos atacados y naufraguemos, por lo menos, sabemos perfectamente cuál va a ser nuestro fin: morir ahogados, quemados por el temible “fuego griego” o por un balazo del enemigo. Tener la certeza de ello ayuda a sobrellevar la situación bastante mejor.

El mismo juez lo dejó bien claro el día que fui condenado:

-Sr. Balboa, le voy a conmutar la condena a muerte en la horca por veinte años a galeras al servicio de Su Majestad. Considérese un hombre afortunado.

Aquel día creí compartir la opinión del juez. Hoy, tras diez años de condena no lo tengo tan claro. Muchas veces pienso que da lo mismo morir ahorcado por una cuerda que ahogado bajo el agua: la asfixia es la misma. La diferencia sólo estriba en el tiempo de sufrimiento antes de palmarla que me hubiera ahorrado con la primera opción. No obstante, siempre está la maldita esperanza de llegar a ser libre, de nuevo, alguna vez.

«¿Libre?, ¿pero en qué condiciones? Sin pelo, sin dientes, sin un cuerpo que responda tras largos años siendo azotado... mejor hubiera sido que me colgaran». ¡Zas! Un latigazo estalla en mis desnudos hombros. Al ensoñarme en mis miserias he roto el compás y Zombo, el gigantesco cómitre negro, no perdona. Sobre todo si eres blanquito como suele llamarnos. Tengo suerte, hace mucho calor y el sudor, producido por la condensación de las decenas de cuerpos hacinados en el interior de la bodega, ha evitado que me hiera; el cuero ha patinado lamiendo solo la piel ya curtida de por sí.

Sólo hay una cosa peor que el tormento físico y es el del alma. Los recuerdos, el saber que fuera del barco existen otros tipos de existencia más gratificantes. Únicamente estamos un escalón por encima de los condenados del Infierno. Como veis hay mucho tiempo para pensar aquí mientras peinamos las algas del mar con nuestros largos remos.

Nunca sabemos dónde estamos a no ser que cacemos algún rumor al vuelo que es inmediatamente transmitido. Las noticias se propagan más rápido que la mecha de un cañón. Por desgracia, los chismes y los bulos también. Si alguno es sacado de la fila y, no lo volvemos a ver, los murmullos disparan las esperanzas:

-Lo han liberado.

-Ha cumplido la condena y por fin es libre.

El reemplazo nos regresa a la cruda realidad:

-Lo acaban de colgar. Zombo ha dictaminado que tenía escorbuto.

Tam, tam... tam, tam... suena el golpe rítmico en el tambor que nos ordena bogar. Los remos atacan las olas y la nave se desplaza lentamente. No corre nada de viento. Remar si el mar está en calma es una cosa, enfurecido es otra muy distinta. Un oleaje intenso es capaz de partir los brazos de los galeotes.

En nuestra bancada algo se ha encallado y nos obliga a redoblar el esfuerzo. El bogavante ha llamado al cómitre para explicarle el problema y, entre todos, con un sobreesfuerzo titánico, hemos alzado el remo. Al ver el obstáculo, Zombo se ha santiguado con expresión de terror: un cadáver humano con los ojos comidos por las gaviotas y una pata de palo por pierna ha salido enganchado en la pala.

Ha estado varios días metido en el agua porque los peces han mordisqueado muchas zonas del cuerpo y lleva la ropa hecha jirones. Desde cubierta han tenido que utilizar un largo arpón aserrado para soltarlo, desgarrándolo como una carcasa de pollo. Tras la pausa, continuamos el viaje a nuestro incierto destino.

Mala señal. Acaban de amordazarnos a todos y eso solo tiene un significado: pronto vamos a entrar en combate y no quieren que delatemos la posición de la nave con nuestros gritos. ¿Será aquel cadáver que encontramos una premonición? Tam, tata tam, tam, tam, tata tam, tam... la batalla de Lepanto está a punto de comenzar.

Claudia Luz Rivas

Perú

30 años

Vida mía

Era un fin de semana como cualquiera. Mi mamá y yo fuimos a visitar a mi papá a la casa de mi abuelito, era tarde de películas.

Mi papá era un experto haciendo canchita y mi mamá era la encargada de escoger las historias que veríamos durante esas horas de relajación familiar.

Cada vez que yo le preguntaba a mi mamá del porqué vivíamos en otra casa, ella me contestaba que así éramos más felices, sin pelear, sin hacernos daño, respetando los espacios ajenos. Nunca me dijo algo malo de mi padre, nunca se quejó conmigo por recibir miserias de pensión, ni tampoco por asumir sola mi educación.

Creo que era la tercera película de la tarde y mi atención de niño de cinco años ya estaba cansada, me rendí soñando con mis personajes de acción.

De pronto sentí un llanto quedito, me asusté y no pude abrir los ojos.

-Basta ya, por favor, susurraba. No lo hagas, no quiero, no quiero, por favor.

-Tranquila, no te va a pasar nada, me voy a venir afuera, tranquila, no hay que asustarlo.

-No me hagas daño, por favor.

-Yo sé que tú también quieres, no te resistas.

Vi y escuché todo lo que pasó. Vi a mi madre llorar en silencio, suplicando, con las manos detenidas hacia arriba, con las piernas tiesas, el calzón arrancado y el vestido negro alborotado, resistiendo el embiste del miembro erecto de mi padre.

Desde ese día ella nunca más fue a aquella casa, quiso explicarme el porqué, pero yo ya lo sabía. Mi madre sufrió en silencio esa humillación y yo, fui testigo de su violación.

Alma Indígena

En la penumbra del suelo arado,
tímida, se asoma el alma indígena,
con sus colores y danzantes sonos.

Va bordando, sobre el tiempo
esos dones que la hacen perdurable.

Entre el humo del incienso,
cerca de los matorrales,
guarda silenciosa su legado

Con mirada dulce,
discreta cuenta su pasado.

Bajo el azul y blanco,
se esconden espinas del antaño,
así ensangrentados, con gotas de
esperanza, destilando.

¡Aún así Adolorida y amaratada!
¡Aún así!, exclama, firme y respetuosa.
¡Aún así!, ella gana.

Se mantuvo bajo el frío hierro del rechazo,
bajo la historia de soberbia y llanto,
donde jamás murió ni morirá,

Es tenue su ingenuidad,
la que brota de sus suelos.

Es su paz, es su luz,
la que irradia los cielos...

Su retoño, entre sus hijos,
eternamente florecerá,
junto a la libertad del majestuoso
Quetzal...

Augusto Mauricio Lozano

Argentina

36 años

El pacto

-Entonces, dime pues, ¿Cómo lo haces? ¿Cómo haces para que las mujeres se te acerquen? -preguntó Lucio a su compañero.

-Somos mineros, los mineros siempre tenemos dinero y las mujeres, en su gran mayoría, buscan a alguien con estabilidad económica. Como dicen: “El oro atrae a las hembras” -dijo sonriendo Dante, mostrando un diente de oro que resplandeció un segundo por un rayo de sol que entró en el bar. -¡Cholo, trae dos cervezas más! -advirtió con un gesto al cantinero.

-Pero, yo también soy minero y no tengo esa suerte tuya. Esta semana, estuviste con la solterona de la bodega de la calle cerca a la plazuela y con la de ojitos verdes de la calle Parcoy, comentó el Lezama a la gente de la sección en el comedor, y ese mismo día con la última, te vieron saliendo del hotel. Y ni hablar de la semana pasada y de todos los meses atrás. Siempre la gente de la minera te ve con mujeres.

-¿Y qué quieren, que esté con hombres? -preguntó Dante sarcásticamente, mientras llenaba su vaso de cerveza. -Mira... que te puedo decir, es mi estilo, mi forma de ser. A mí me gusta siempre estar bien vestido, perfumado, ganó bien, todos ganamos bien en la minera. Si te fijas bien, en este bar hay puro minero, que se toman su relajo y vienen aquí a beber sus birras, como tiene que ser, si no para qué trabajamos tanto... ¡Je, je, je! -dijo sonriente Dante, bebiendo un trago de cerveza.

Cómo forme había pasado las horas entre botellas de cerveza y música en aquel bar repleto de gente. Cada vez aquellos compañeros, poco a poco estaban

sucumbiendo a los efectos del alcohol. Y en su embriaguez, Dante le propone algo a su colega.

-Te quiero hacer una apuesta -dijo Dante, con grandes signos de ebriedad.

-Ya pues, ¿qué quieres apostar?

-Un par de cervezas más, para terminar bien esta semana, ¿qué dices?

-Sí, dale, ¿pero sobre que es tu apuesta

-Te quiero apostar estas dos cervezas a que, si te fijas bien en la mesa de atrás, hay dos mujeres acompañadas con sus maridos, amigos, amantes, lo que sean; no me interesa. Pero, te apuesto a que yo las traigo a esta mesa para que nos acompañen.

-No, no mi hermano. Vamos a tener problemas. Déjalo así no más... acabemos esta botella y nos vamos -musitó Diego.

-¡No, nada de eso! -protesto Dante dando una palmada a la rústica mesa.

Al segundo que termino de plantear a Diego su protesta. Dante se paró de su silla y con un ademán, hizo llamar a las damas, ante la atónita mirada de todos los presentes en aquel bar y de los muchachos con quienes ellas habían entrado.

Repentinamente, aquellas hermosas jovencitas, dejaron su lugar donde estaban bebiendo y llegaron a la mesa de donde Dante las esperaba sonriendo y Lucio con el rostro evidenciado de sorpresa; que solo se dispuso a cubrirse el rostro, el modo de vergüenza.

-Hola, señoritas. Pueden tomar asiento con nosotros si gustan -dijo Dante parándose de su silla con su risa astuta, dando la bienvenida a esas hermosas jóvenes.

Una se sentó muy pegado a Dante y, la otra, junto Lucio. Quien seguía sorprendió y que sólo tendió a mirar hacia aquel costado de donde los miraban los muchachos, quienes habían citado a las jóvenes a este lugar. Que por ser casi de

su misma edad y de un aspecto tímido. No daban pelea. Solo se quedaron viendo rabiosos desde su mesa.

Pasando diez minutos después de que aquellas damas se habían instalado en la mesa, repleta de botellas de cerveza y colillas de cigarro en el cenicero. Dante le comenzó a hacer unas inquietantes preguntas a la que tenía a su costado.

-¿Tú me quieres? -le dijo a la desconocida muchacha.

-Si -musito tímidamente ella.

-¿Me quieres besar?

-Si -volvió a responder susurrante aquella hermosa joven. Quien, como encantada por algo extraño, se volvió hacia la boca de él y lo besó.

Luego de besarla por un largo momento, ante la incrédula mirada de todos los hombres borrachos. Dante, le preguntó algo más.

-¿Te vas a casar conmigo?

-¿Si me quiero casar contigo? -dijo la jovencita sonriendo, al maduro y ebrio Dante.

Todos en aquel bar, incluso el cantinero; quien había estado observando toda la situación desde su lugar. Estaban sorprendidos. Y Lucio más que nada, se llenaba de conjeturas, difíciles de plantear a su razón y seguramente a la razón de las miradas de los ebrios y de aquellos rabiosos muchachos, quienes, al ver esas escenas, salieron desconcertados y furiosos, dejando sus cervezas a medio terminar.

Al llegar la noche. Las llevaron a un hotel. Donde cada uno de ellos pudo tener un encuentro placentero con aquellas, aún desconocidas féminas hasta el amanecer.

Desde aquel día, por motivos de rotación de puestos en la minera, Dante y Lucio. No se volvieron a ver. Hasta que un día, de un invierno muy friolento. Donde los

camaradas, se citaron y volvieron encontrarse en el mismo lugar. Pero ahora Dante, ya no era el mismo de antes. Ahora él, se veía consumido, enfermo y angustiado. Ojeroso, con los ojos hundidos y los pómulos sobresalientes en sus mejillas. Algo le había pasado a este hombre de carácter astuto y risueño, algo muy notable difícilmente de ocultar. Y Lucio, se atrevió a indagar.

-¿Qué te pasó hombre? -preguntó Lucio, sirviéndose un poco de cerveza en su vaso.

-Te tengo que contar algo amigo mío, estoy muriendo... -musito Dante.

-Pero, ¿qué es lo que te está matando? ¿estas enfermo?

-No, es algo mucho peor... -dijo Dante mirando fijamente su vaso-. Hice un pacto con el Diablo. Me dio un gran poder. Le pedí tener todas las mujeres que quisiera y se cumplió. Ahora no puedo dormir, como poco y veo un espectro que me siguen en las noches. Me estoy tratando con el psiquiatra que nos da la minera, pero solo me da medicamentos que me hacen dormir. Ya no puedo más, me estoy volviendo loco.

Repentinamente Dante, como impulsado por un resorte, se paró de su silla y empezó a gritar:

-¡Ahí viene, corre, corre Lucio! ¡Ahí viene por mí!

José Ramón Muñiz

España

45 años

Palabras de un demiurgo enamorado

Los dólmenes soportan el silencio del sueño de milenios enterrados y el eco de la brisa del otoño, que sabe que el helecho está vencido, que duerme a cada lado de la senda. Las nubes se nos van a la deriva, se van sin el permiso de la tarde, que no quiere perderse para siempre, que no quiere volar hacia la nada, que sabe que el otoño va corriendo. Muy pronto el castañar dirá a la brisa sentencias que condenan al letargo, sin duda, a la hojarasca de la zona, y el roble y el aliso y los hayedos sabrán decir lo mismo al aire triste. Y, yendo por la vieja carretera, mirando más allá de los cordales, los viejos eucaliptos nos lo dicen: la luz del sol anuncia, en su crepúsculo, los reinos de la noche y su negrura.

Me asomo a la ventana de la casa y miro los colores que varían y el verde que mantiene su belleza, y vengo a sospechar que, con la noche, de pronto los paisajes se hacen ciegos: no pueden enseñarse, no se advierten, no pueden contemplar ese reflejo que sabe pronunciarlos a distancia, que sabe pregonar esa belleza que existe en los paisajes de la zona. De pronto, más que ver la lejanía, mirando, entre las sombras, lo que queda, se sienten los rumores, y el silencio parece convertirse en verso claro que sabe sugerir con lo que dice. Y sabe sugerirlo en los ladridos de perros en la aldea más cercana, las voces de los árboles que gimen, movidos por la mano de los vientos, los trenes imprudentes a deshora.

Y sueño con vagones imprudentes, igual que cuando, siendo solo un niño, miraba en la estación aquellos trenes pintados de un azul hermoso y vivo, corriendo por la vía a toda máquina. Y sueño con los árboles que un día cortaron los obreros, esos árboles que quedan en el lecho de un recuerdo que habita (desconozco las razones) en este viejo triste y pusilánime. Y sueño con paisajes que conozco y algunos que aventura mi capricho, sabiendo que soy todo fantasía, que, a veces,

imagino las coníferas de valles apartados y serenos. Y sueño con lugares tan extraños y raros como el mar de las postales que nunca vio la gente en esta tierra, y llego a suponer esas postales, sus mares, sus arenas, sus espumas.

Y puedo ver la luna cenicienta, decirle lo que pienso, lo que sueño, dejar que se me escape entre los labios la densa bocanada de un cigarro que quiere ya morir al consumirse. Y hablando con la luna, como suelo (que es cosa muy común entre los locos), le gusta contestarme y, en sus réplicas, reprime mis manías y defectos, pidiéndome que escriba de otro modo. La luna y las mujeres son extrañas, eternas moradoras de misterios que no saben hablar de modo claro, dejando los perversos acertijos, si el caso es expresar lo que prefieren. Y siento que la luna se me escapa, las nubes me la esconden de la vista, la guardan como suelen los eunucos guardar las princesas en los cuentos de tiempos olvidados para siempre.

Y siento en la llamada del silencio tu voz azul, perdida entre los verdes, dejada entre las sombras, apartada como una joya negra en la distancia que vive suplicando que la busquen. Y dices que te busque y yo te busco, te encuentro, cuando quiero, y te imagino, diciéndote, fingiendo tu presencia y haciendo que, de pronto, estés presente, que existas donde quiero, si lo elijo. Me basta con un verso para hacerlo, pues eres la poesía que concibo, pues eres esa llama imaginada que quiere ser verdad en este mundo, dejando el aire triste y su vacío. Me dices que eres mar y eres la tierra, me dices que eres mía y eres sueño, y el verso que pronuncio es algo mío, si vengo a contestar a tu pregunta:

-Existes solamente si lo ordeno.

Entonces tú me miras extrañada:

-No entiendo lo que dices -me replicas.

Te digo la verdad y no lo entiendes:

-Existes solamente si lo ordeno.

-No puede ser así -dices, de pronto.

Y entiendo que es difícil que te digan que no eres algo sólido en el mundo, que vives sin vivir, por mi capricho, si quiero imaginarte en un momento, si quiero imaginarte en mis salones. Y dices que eso es solo una mentira, me niegas ser tu dios y te haces eco de todo lo que digo con tus burlas, haciéndome entender que sí eres alguien:

-¡Las cosas que te vienen a la mente!

Y yo, que soy prudente, como siempre, me siento en la butaca y te contemplo, mirándote, sabiéndote, diciéndote producto de la mente que te piensa, pues yo soy el demiurgo en el que vives.

Sobre el Amor

A veces deseo escribir sobre amor
tanto que desangro
se vuelve habitual
como el alcohol.

Un grito desesperado
mi eterno anhelo.

Lágrimas de color pasión
nos es necesario cerrar las persianas
prefiero dormir.

A cada paso que doy
el deseo es mayor
el tiempo no perdona.

La soledad no es la excepción,

Es un milagro seguir vivo
es una maldición vivir sin amor
¿qué puede ser peor?

Revista literaria *Ibíd*em

A veces, sólo a veces

desearía escribirle a mi corazón

cuando llega esa extraña sensación

cuando la muerte toca mi interior.

Jazmín Camarillo E.

México

18 años

El condenado a muerte

Es hora.

No, no puede ser hora. Apenas llevo tres días aquí, debían ser siete; una semana.

Entré el jueves, apenas debe ser domingo.

Sí, el jueves dormí hasta la medianoche; El dolor era insoportable y el olor a sangre, penetrante. Para cuando desperté las heridas habían coagulado, mas era imposible ponerme en pie después de los infernales castigos que me vi obligado a soportar en esta miserable celda. El viernes hice un intento, pero caí sobre mis rodillas tan pronto me despegue del inmundo lecho. Tuve que arrastrarme a coger el mendrugo de pan antes de que las ratas se apoderaran de él.

Bebí un sorbo de agua turbia de mi plato, pero tenía un gusto metálico. Pasé el resto de la tarde tumbado ahí, incluso las ratas me creyeron muerto pues comenzaba a sentir sus dientes como punzones afilados sobre mi carne. Me es imposible definir en qué mundos oníricos vagaba mi mente.

Me incorporé al no percibir los pasos constantes de mis verdugos, ni los horridos gritos de agonía de quienes, como yo, expiran lentamente.

Ahogue un quejido en mi garganta, producido por el dolor de mis miembros fijos largas horas en extraña posición, y las ratas, quienes hasta entonces eran dueñas del lugar, huyeron emitiendo su característico chillido hasta perderse nuevamente entre la penumbra.

El sábado- sí, lo recuerdo bien- lo pase tumbado en el lecho pensando en mi vida pasada, antes de padecer lo indecible o conocer lo que era el verdadero

sufrimiento. Casi podía verla ahí, sentada a mi lado, hundiendo sus dedos en mi cabello como el día que cogí fiebre por el diluvio. Oh, Ana, incluso entre estos repugnantes muros relucía cual lucero.

Fuimos tan felices. ¿Cómo no amarla si era la perfección encarada?

Mi alma se destroza al pensar que fui yo quien destruyo su angelical idilio de novia. ¿Por qué fue tan desgraciada si por ella di mi vida?

No debía hacerlo. Es un límite que Dios demando no cruzar, ¿pero cómo no actuar mientras veía la vida de mi mujer ser consumida?

Mis esfuerzos fueron inútiles, tuve que depositar su pálido cadáver en la fosa con mis propias manos. No debí hacerlo...

El domingo, sí, estoy seguro que es hoy. ¿O quizá será lunes?

Tal vez los ensueños con mi musa han demorado aún más y perdí la noción del tiempo. Sí, aún restan tres días.

¿Qué son tres días de encierro y podredumbre que aún me restan? Una sombra, una ilusión, nada...

¡Qué sería ese tiempo comparado al lado de ella!

El primer día le llevaría aquel vestido que con tanta ilusión miraba y esa misma tarde la pasearía de mi brazo por la alameda. Al siguiente la llevaría a las fiestas. Y al tercero le permitiría nombrarme como le gustaba y no la obligaría a llamarme por mi insípido nombre de pila.

Es hora.

No, no puede ser hora. Me restan tres días de ensueños con Ana. No puedo ir aun. He confesado toda la verdad frente al tribunal de mis inquisidores. Ellos me acusan de falso cristiano, pero es erróneo. Recibí las aguas bautismales y solía comulgar y confesarme en los tiempos que manda la santa madre Iglesia. ¿No guardan siquiera un poco de piedad?

Revista literaria *Ibíd*em

Sé que no debí hacerlo, ¿pero es tarde para mí, verdad?...

Es hora. Estoy frente a la hoguera.

Teodoro Saavedra S.

Perú

46 años

El fantasma de sombrero blanco

Después de haber analizado muchísimas veces esta experiencia infantil, ahora, con mayor serenidad, lo confirmo que fue simplemente la curiosidad de dos adolescentes, el relato que ahora comparto con ustedes.

Entre muchas cosas, que solo o en grupo, empecé a experimentar durante mi adolescencia; llevarse un cigarrillo a la boca y sentir el fluir del humo frente a nuestros rostros, era lo que nos tenía empeñados en preparar la estrategia para satisfacer nuestra curiosidad.

Por la tarde, después de concluir las clases en el colegio, mi buen amigo me dio la noticia. Su hermano mayor, por descuido, dejó expuestos a merced de mi amigo, una cajetilla de cigarrillos, quien al verlos creyó haber encontrado una fortuna y se apresuró en ocultarlos para que primero me lo haga saber y luego encontrar el momento de concretar nuestro proyecto.

Vivíamos en un pueblo pequeño y con muchas reglas de moralidad; por lo que, encontrar un espacio para experimentar aquello que para los adultos era de lo más normal, para los niños o adolescentes se nos estaba totalmente vetado. Después de descartar muchas alternativas, convenimos que el cementerio era un lugar en el que difícilmente alguien nos podría encontrar, ya que, por la noche, en la oscuridad, nadie tenía motivos para entrar a este lugar.

Junto a los cigarrillos, nos aseguramos de llevar el fósforo que nos proporcione fuego, una pasta dental y gomas de mascar, estas últimas tenían como propósito borrar cualquier evidencia que nos delate ante nuestros padres y vayamos a coronar con otra experiencia dolorosa.

Sigilosamente trepamos los muros posteriores del cementerio y nos ocultamos rápidamente por entre las peñas y las cruces del cementerio, no había forma alumbrarnos; por lo que, a tientas vagabundeábamos por entre la ciudad de los muertos tropezando y cayendo, pero seguros de concretar un anhelo esperado desde hace mucho tiempo.

Finalmente, convenimos en instalarnos sobre una bóveda y ya cómodamente, empezamos el ritual. Prendimos los cigarrillos; tratábamos de imitar lo que en muchas veces habíamos visto hacer a los adultos. ¿Placer?, ¿satisfacción? Lamento decirles que no, simplemente inhalábamos el humo, lo reteníamos en la boca y luego lo expulsábamos. Sabíamos que deberíamos lograr que estos se extinguieran con el fuego mientras charlábamos amenamente, ignorando el peligro que podríamos haber tenido en un cementerio a las nueve de la noche; sin embargo, antes de concluir con la misión, coincidimos en observar una sombra negra con sombrero blanco desplazarse a escasos diez metros de nuestra posición; por lo que, decidimos en abortar de inmediato la misión y salir presurosos de este lugar.

La oscuridad se convirtió en nuestro principal enemigo, pues caímos varias veces. Cuando finalmente logramos llegar al exterior del cementerio, a pesar de haber tenido una experiencia tétrica, no estábamos asustados, nos parecía divertida esta singular experiencia, ya que nuestra posterior preocupación consistía en borrar todas las evidencias que nos delaten de tal atrevimiento. Primero intentamos con la pasta dental y desafortunadamente no funcionó, luego continuamos con los chicles y el olor seguía impregnado en nuestros alientos.

Ingenuamente decidimos que mediante la carrera y el cansancio podríamos aliviar nuestra preocupación; por lo que, nos trasladamos hasta el estadio y empezamos a trote lento a dar vueltas y vueltas. Habríamos corrido cuatro vueltas cuando advertimos que el mismo ser misterioso que vimos en el cementerio también seguía el mismo trote detrás de nosotros al mismo ritmo.

Ya no tuvimos tiempo de concertar opiniones, menos estrategias, cada uno las buscó por sí mismo. Yo empleé toda mi energía en llegar lo más pronto a mi casa, asegurar bien mi puerta y refugiarme bajo las frazadas.

Nunca más escuché hablar del fantasma de sombrero blanco, también estoy seguro él debe rechazar a los cigarrillos hasta ahora como lo hago yo.

El tiempo

Estaba encerrado en la cárcel durante treinta años. Su condena se había cumplido, ahora frisaba los sesenta años de edad. Al salir, se enteró de muchas cosas, entre ellas, que su único hijo no era suyo. Su juventud se había ido para siempre, así como su esposa también lo había engañado y abandonado, con su mejor amigo Jonás.

Cuando llegó a su barrio, en su rostro cansado se dibujó por un momento una leve sonrisa. Se enjugó los regueros de sudor, que bajaba por su rostro. Al mirar al frente suyo, encontró su casa que estaba abandonada y en venta. Ya no le pertenecía, estaba en manos de su abogado, por el pago de sus honorarios en su defensa. Solo y abatido se sentó en la puerta de la casa, sin saber qué hacer. Recordaba los dorados días del estío, cuando su esposa y su hijo siempre lo esperaban y él con su mal gesto. Ahora las cosas habían cambiado. Su vida en familia siempre fue fría y distante a la vez, nunca tuvo amor ni con su esposa, ni con sus seres queridos. Siempre estuvo en parrandas, cerveza, mujeres y por supuesto en las drogas.

Al no encontrar a Jonás por todo el barrio; triste entró a un bar en busca de consuelo, encontrando en el licor lo que buscaba. Tomó tanto que perdió el conocimiento quedando totalmente embriagado en la silla. Al día siguiente, lo encontraron en la calle, tirado en el suelo.

El vehículo se detuvo por completo, miró el contador del tiempo, quedando asombrado. ¡Estaba en un año diferente al suyo! Había transcurrido diez años. Mirando en torno suyo, pudo percibir, el rimbombar del agua, alrededor de una vivienda muy conocida, pero no recordaba donde lo había visto. Al salir del vehículo, caminó lentamente hacia la casa, luego aporreó la puerta sutilmente.

Salió una señora de gesto cadavérico, se distinguía su blonda y su cabellera totalmente cenizo. Dio unos cuantos pasos en silencio, como haciendo acopio de fuerzas y al mirarlo fijamente a Jorge, le dijo espantada, como si hubiese visto un aparecido:

-¡Tú! ¿Qué? ¿Cómo? ¡Pero si desapareciste!

Jorge frunció el ceño con enojo. Sus carrillos estaban más rubicundos y sus ojos más encendidos. Sin embargo pudo disimular con elegancia. Luego dijo:

-Yo soy querida. ¿Cómo que desaparecí? No entiendo nada. Yo soy tu marido.

Se sentaron cómodamente en la gran sala de la casa, encontrando una paz y un sosiego extraordinario. Su esposa le explicó con detalles lo que había sucedido con él. Al enterarse de la situación, Jorge no comprendió lo sucedido, quedando pensativo. La discusión se estaba dando poco a poco, con mucha gresca entre ellos. Jorge le pedía explicaciones de su comportamiento, dándole un manotazo a su esposa en la cara, cayendo ésta en el suelo. Justo cuando le iba a patear en la cara a su esposa, bajó del segundo nivel de la casa Jonás con mucha ira, tomando sobre la mesa un gran cuchillo. Segundos después, se escuchó:

-¡Ah...h!

Jorge estaba muerto, tirado en la baldosa, en un charco de sangre, con el cuchillo introducido en su abdomen.

Después de una larga agonía, Jorge despertó de su pesadilla. Estaba sudoroso y gritando de terror.

Corrían raudos los días, mientras Jorge buscaba incansablemente a Jonás. Cuando lo encontró, éste estaba en un bar, sentado con uno de sus amigos. Entró caminando lentamente, se acercó sin decir nada, y de un tiro en la cabeza mató a su mejor amigo, diciéndole:

-¡Muere traidor de mierda, antes que me mates más adelante!

Lisardo Suárez

España

48 años

Astracanada con esvásticas

Mira dos veces para ver lo justo. No mires más que una vez para ver lo bello.

HENRY F. AMIEL

Al terminar, me levanto y busco cigarrillos en la chaqueta. Enciendo dos antes de volver a la cama; le paso uno a Sepp, que permanece tumbado. Me acomodo junto a él, con la cadera cerca de su hombro.

-¿Te ocurre algo?

Desde que llegó, apenas ha hablado. Los hombres en silencio son muy atractivos porque me permiten suponer sus pensamientos a mi antojo. Eso me gusta, igual que la masculinidad casi brutal que hace bello cualquier rasgo tosco. Tarda unos segundos en responder:

-Me preocupa mi jefe.

Procuro que mi rostro disimule la decepción ante esa falta de confidencias sentimentales. Disfruto el sexo vigoroso, sí, pero también me gusta sentir que se enamoran un poco. Doy una calada al cigarrillo mientras se incorpora hasta que la parte inferior de sus hombros, anchos y fuertes, queda apoyada contra las almohadas.

-Lo noto más pálido que de costumbre. También la esposa está preocupada. Cuando fuimos a su casa el otro día, ella dejó el salón para comentarlo conmigo en la cocina: «Está agotado. Por favor, cuídalo mucho».

Me limito a asentir con una expresión que evita cualquier compromiso por mi parte. De la posibilidad de algún brote de cariño pasamos a la realidad del estado anímico del mismísimo *Reichführer-SS* Himmler. Fantástico.

-Qué abnegada la señora Margarete. Apenas se ven porque el trabajo de su marido es demasiado importante para todos nosotros y siempre está ocupado; ni tiene tiempo para jugar con sus hijos. Somos afortunados de que alguien así cuide del futuro de Alemania.

Por mi parte, pienso en la suerte de que un pecho tan poderoso como el de Sepp frote mi espalda cuando hacemos el amor; pero él está empeñado en sacarme de la sensualidad de mis pensamientos.

-Paga un precio personal muy alto. Incluso su salud se resiente y muchas veces está exhausto. La primera vez que lo vi desfallecer fue en Madrid; sufrió un vahído mientras asistíamos a una corrida de toros. Creo que la lluvia de esa tarde le causó fiebre.

Mientras paso la mano por su bíceps izquierdo, enorme y con una vena tan gruesa como sugerente, recuerdo las miradas tan intensas de los toreros que he visto en fotos. Sepp impide que me sumerja más en esos ojos varoniles de mi imaginación porque sigue hablando.

-El calor le jugó una mala pasada en Minsk. Cuando supervisaba de cerca unas ejecuciones, a pleno sol de agosto, se mareó y casi termina caído en la fosa común. Mientras se recuperaba, aproveché para limpiar los restos que habían salpicado su uniforme.

Sus abdominales, esculpidos en granito, me salvan de reflexionar sobre esa imagen. Cada vez que mi dedo cae entre los relieves para volver a subir, noto una presión agradable en el estómago y más abajo.

-Siempre volcado en su labor. Que si el gas del combustible diésel es más efectivo, que si hay que hacer un consejo de guerra antes de cualquier *Aktion* contra

partisanos, que si un banquete después de los tratamientos especiales. Lo primero es el trabajo; una vez acortó su masaje semanal de espalda para firmar la orden de unas ejecuciones.

Ignoro casi todas las palabras que pronuncia excepto lo del masaje. Me fijo en sus manos grandes, de uñas limpias sin manicura, con dedos largos y recios. La presión desciende un poco más mientras apago el cigarrillo.

-Por mucha responsabilidad que tenga, es minucioso con los detalles. Cuando analizaron la mejor manera de ahorrar sufrimientos a los pacientes del psiquiátrico de Novinki, él sopesó todas las opciones antes de autorizar la dinamita.

»O lo de aquel muchacho ante el pelotón. Mira que le preguntó si alguno de sus antepasados no era judío; y el chiquillo, erre que erre. ¡Pues claro que fue imposible ayudarlo!

Al escuchar la palabra pienso en la circuncisión. He visto varias y creo que son elegantes, como las prendas de cuello vuelto de los marineros. Pero la capucha de Sepp me gusta: tiene algo de verdugo; es excitante.

-Hace poco fuimos a casa de su secretaria personal, la señorita Potthast. ¿Puedes creer que, además de firmar toda la documentación pendiente, tuvo tiempo para jugar con sus dos niños?

»Esta misma noche, antes de venir a verte, le pregunté si necesitaba algo más. Miraba las estrellas con una expresión muy concentrada. Seguro que tenía mil asuntos sobre los que reflexionar, pero ¿piensas que me despidió con un gesto? Nada de eso. Sonrió con calidez y dijo: «Puede usted retirarse, gracias».

Yo también siento calidez y también quiero jugar. Tanteo sus muslos, repletos con una musculatura que me impide abarcar siquiera uno de sus lados con ambas manos.

-Pero cada vez se le nota más agotado. Durante una ejecución, ocurrió otro desvanecimiento. El frío de diciembre es muy traicionero. Por suerte estaba sentado, terminó con la cabeza entre las rodillas y sus gafas chocaron contra el suelo; menos mal que no se rompieron.

»Ahora le han encargado comandar unidades militares y, además, dirige el Ejército de Reserva. Está más tenso, las ojeras crecen día a día. ¿Creen que ese hombre es inagotable?

Parece preocupado de verdad. Me apetecen hechos y no palabras, maldita sea, pero él quiere que lo escuche.

-Nos presionan en dos frentes. ¡Ahora es cuando Alemania más lo necesita!

Mientras acerco mi exploración a su entrepierna, bromeo con que Himmler debería tomar vitaminas. Sepp se enfada. Resulta sorprendente lo rápido que es capaz de moverse con su gran envergadura: me tira al suelo de un puñetazo.

-¡Déjate de chistes, Karl! ¡Muestra respeto por él! ¡Muestra respeto por Alemania!

Quedo frente a él, medio de rodillas, medio sentado. A la altura de mi cara dolorida, su pene; muy cerca. Pienso en Alemania. Ignoro qué piensa Sepp pero tiene una erección que, por alguna causa que no entiendo, encaja muy bien con la furia en su rostro. Empuja y gira mi cuerpo hasta aplastarlo bocabajo. Me penetra. Siguen sus gritos. Me hace daño.

-¡Muestra respeto, Karl! ¡Muestra respeto!

Me siento Alemania.

Jorge Morales C.

Venezuela

24 años

La dimensión de dos ombligos

Se regala paciencia al mirar lo profundo de sus ojos cansados de un día que termina en el mismo punto donde empieza: en esa cama revuelta, de delirios recurrentes e ideas revolucionarias, algo frágiles, en las que nadie cree. El poco cabello le advierte la edad y la genética, esa intensa vicisitud de la lucha de sus padres por formar algo tangible. Él lo dejó de ser desde el nacimiento, su idea de existencia poco a poco se quiebra entre sus pliegues embrionarios.

En la representación aduce a la idea de lo imperturbable. Construye la silueta a partir de sus ejes neuronales, bifurca sus desesperos, lo hace con lentitud aunque la procacidad del momento le invite a hacer algo olvidable.

La mandíbula perfilada se corona con labios que han besado la superficie de lo efímero. Tanta sensación táctil los ha dejado secos, como viento del sur, de innumerable destino. El cuello aún le late por cualquier miedo que enfrenta al cruzar su propia dimensión, se deshace en el pensamiento de una habitación solitaria en el centro de la ciudad. Se ha entregado a las cornetas de los autos en la hora pico, al guajiro que grita la oferta de periódicos a diario, el lamento de la pordiosera o esa sensación intensa que le despierta el escuchar los gemidos de sus vecinos. Vive en otras vidas y en su cuello se traba la saliva con el delirio de sus múltiples personificaciones.

El pecho es hogar de tormentas tarde por la noche. Se llueve en sudor, arremolinando los vellos que le pueblan la extensión. Se ha ido la luz y su tormenta es tan oscura como en alta mar. Siente el vaivén del corazón chocando contra sus costillas. Es reloj en demora, corazón normal, de insomnio entregado a los espíritus familiares. El mejor amigo le dijo que era inolvidable, y ahora lo

entiende cuando ve salir el aire de sus pulmones y tomar esa fluorescencia amarillenta del grafito suspendido en la habitación. Hombre de plutonio, de intensidad radioactiva. Ilumina el espacio, se devuelve a la luz aunque la electricidad amenace con volver la semana siguiente. Le teme a la oscuridad, por eso el corazón se retrasa. Ama su sudor, a veces lo sorprende vivo y otras, medio moribundo. Todos vuelven al agua, se dice mientras piensa de nuevo en su origen.

Su abdomen se expande con el respiro, se aplana cuando enciende la habitación. Ese territorio guarda la memoria de los cuerpos, de las noches gastadas escribiendo historias que morían en el orgasmo. Su abdomen es destino de lenguas, idiomas que le entregan otras personas antes de morir en un gemido. El territorio se desparrama por eso de la flacidez y la vida entregada a los excesos. Advierte la cantidad de días que no sale a visitar la ciudad, el cuerpo le conforma ahora sus fronteras. Afuera hay otras lenguas, papilas sedientas de su sabor a Hiroshima o Nagasaki. A las personas les gusta el peligro, le comenta a su abdomen, saben que el uranio en mi ombligo les hará florecer cayenas entre las piernas. Por eso su boca aún huele a tallo arrancado con los dientes, a primavera desahuciada por su otoño.

El ombligo lleva en su camino la puerta a la siguiente dimensión. Es portal de espacio, que rompe el tiempo y lo eleva a la enésima potencia, como un resultado alquímico.

Pero es lo imperturbable de su densidad lo que lo saca del estoicismo. La silueta se asoma al otro lado de la cama. La conoce como quien revive el trazo del nacimiento. Persigue con la mirada el latido, el abdomen *souflante*, el cuello nervioso... advierte su mirada, la habitación se agita, parece explotar el plutonio y ya no sabe si el trazo se pierde o es él mismo quien da comienzo a la silueta. Es un inicio constante, de imperturbable repetición. El uranio de sus ombligos parece confluir en el mismo portal hacia la presunción de una idea entregada a la levedad de la vida.

Y ahí queda el trazo en el último pliegue nervioso del pie, que termina en la esquina inferior derecha. Solo queda enmarcarlo y firmarlo. Pero será otro día, el cuerpo advierte la nueva vista de su dimensión y envejece de golpe ante de la nueva levedad.

Floritor

.

De antaño a la versificación,
entre miradas primigenias,
ya los astros se admiraban,
aunque para escandir la tinta no existía.

El universo es una antología,
que la luna no se cansa de trinar.

El cosmos es un poema,
donde las estrellas riman
hasta colisionar destinos.

Yo no sé de métrica,
sueño el infinito en latidos,
y no en sílabas,
obsesiono huellas
en la lluvia,
soy besos fatuos
sin metáfora.

Yo no sé de tiempos,
ella es, sin estar,
fue, sin nunca ser,

será, sin hubieras.

Soy letras salvajes,
que arden,
duelen y
embelesan.

Soy florituras de sal,
que muerden las heridas en tu piel.

Yo no soy poeta,
o transmisión literaria.
Yo no soy escritor,
o silente diatriba.

Soy un simple floritor,
hacedor de pétalos,
que vuelan de
pensamiento a ventrículo,
hasta implosionar en el corazón.

El amor de un floritor
es reciclable, pues cuando la muerte
haya besado mis lívidos labios,
siempre te iluminarán mis pétalos,
mis eclipses florales
y mil jardines que florecen
al unísono de un te amo.

De quién sabe qué

Tu noción inconsciente
de mis sentimientos
genera delirios
en mi parecer.

Se invierten los colores
cuando las luces se tornan sombras y frente a mí,
tu presencia se impone por el solo hecho de ser...

... tu destino.

Los pensamientos que ocultan
desgarrados sentimientos
sólo son la muestra de la unión en la individualidad...

Con un vacío lleno de soledad
he decidido por mí,
pero si me voy es para encontrar
la esencia propia que perdí,
busco la memoria de los recuerdos
de todo aquello que fue
y que ya jamás volverá.